

trando alegría, fue guiando a catorce o quince españoles, que con el capitán Luis Vázquez de Torres iban en seguimiento suyo, quedándose formado el escuadrón en el mismo sitio; y llegando cerca de la laguna, habiendo pasado por su pueblo, hallaron un arroyo grande, pero de agua salobre que no causó pequeño disgusto a todos, por la sed que llevaban. Estando en esto llegó un indio con un coco de agua dulce; y preguntándole de dónde la traía, dijo que de la otra banda de la laguna. Envio luego con él, Luis Vázquez de Torres, siete soldados para saber dónde la había; los cuales, guiándoles el indio, fueron a sus chacaras o huertas, donde todos los indios se habían retirado, los cuales viendo a los nuestros, salieron a darles la paz y también algunas mujeres de buena disposición y hermosura y algunas la tenían con sobrado extremo; y aunque es gente bárbara, que nace y se cria en aquellas remotas partes, en medio de el rigor de el sol, de el aire y frío (bastante causa para estar quemados y negros) eran demasidamente blancos, principalmente las mujeres que, vestidas, sin duda hacían ventaja a nuestras españolas, acompañando su donaire y gracia con honestidad y vergüenza. Miraban con humildes ojos y muy pocas veces, y se llegaron a abrazar a los nuestros, con demostración de amor y paz, a su usanza. Venían cubiertas de la cinta abajo, con esteras o petates blancos de palma delgada y bien tejida; trayendo otras hechas a modo de esclavinas, tejidas de la misma palma, con que cubrían las espaldas. Holgóse mucho nuestra gente, viendo que por paz negociaba.

CAPÍTULO LXVII. *Que prosigue la jornada y cuenta el fin de la refriega que los nuestros tuvieron con los isleños ya dichos; y se dice el valor y esfuerzo de uno de ellos, que entre los demás se señaló y aventajó mucho*



VIENDO LOS SOLDADOS QUE EL CAPITÁN ENTRABA en busca de agua, llegaron a una de las chacaras donde guiados de el indio hallaron un arroyo pequeño de agua dulce; y, aunque manantial, era tan poca, que era imposible repararse la armada con ella. Volvieron a dar aviso a Luis Vázquez de Torres de lo que habían visto, así del agua como de la gente; el cual lo envió a decir con Juan Gerónimo al escuadrón que estaba junto en la playa, para que de allí se diese aviso a las naves. Llevaba el mancebo desnuda la espada, sin otra defensa, ni arma; mas pasando por las casas de los indios salieron a él diez o doce indios, con dardos arrojados de agudas puntas tostadas y bastones gruesos y macanas; y arremetiendo el escuadrón intentaron quitarle la vida, adelantándose un arrogante y enojado bárbaro con una pequeña lanza en las manos, amenazándole con ella, buscando tiempo para emplearla bien; mas el español, despidiendo el temor, le esperó con la espada, aunque no tuvo lugar de herirle, porque a este tiempo llegaron de tropel los otros indios, tirándole golpes de que apenas

pudo defenderse; y no tanto que no saliese herido en la mano y en el rostro, a cuyo ruido acudió gente nuestra, así de los quince españoles que habían ido a la laguna, como de los que estaban en el escuadrón, cerrando con los indios unos con espadas y rodela y otros con arcabuces, de cuya arremetida quitaron las vidas a cuatro o cinco bárbaros quedando algunos heridos. De los que quedaron muertos fue tanto el valor y esfuerzo de uno, que puso en muy grande afrenta a los nuestros, el cual desnudo y sin armas, con sólo un bastón en las manos, hizo tanto que se defendió de más de veinte soldados armados con armas aventajadas en sus manos y lo ofendía como si tuviera armas iguales; y defendió su vida por muy largo espacio y haciendo plaza con el bastón no dejaba que ninguno de sus enemigos le llegase; los cuales, enojados del bárbaro, no hacían sino acometerle con las espadas levantadas, bien cubiertos de las rodela, a los cuales el valiente bárbaro daba furiosos golpes, y aunque los reparaban en ellas no dejaba de hacer daño; pero como la gente era mucha y el indio solo, fuele rindiendo el cansancio, aunque no el temor y vinieron a cercarle tanto que algunos de los nuestros pudieron herirle de muchas heridas, mas no por eso dejaba el indio, abrasado de ira, de acometer a los nuestros, hasta que de cansado y desangrado cayó muerto mordiendo, con crueles ansias, la tierra, dejando a los nuestros admirados de ver su valor y arrepentidos de haber quitado la vida a quien tan bien la supo defender de tantos.

Salidos de allí se juntaron todos y en orden y concierto fueron marchando a las chácaras para buscar algún mantenimiento y gente; pero fue excusado porque los indios todos habían huido, y de los últimos que se iban alejando apriesa eran dos viejos que según pareció eran marido y mujer; los cuales vistos por nuestra gente fueron en su seguimiento, con deseo de alcanzarlos; el indio viejo viendo ser imposible escaparse de quien los seguía, temiendo la muerte suya y de su compañera, que le parecía cierta por lo pasado, queriendo (ya que había de morir) que su compañera se escapase, la persuadió a que apriesa huyese por un bosquecillo que enfrente estaba, diciendo que era más justo que él esperara el rigor de nuestra gente. Obedeció la india, compelida de los ruegos de el marido, quedándose él solo, hasta que llegó nuestra gente y prendiendo al indio lo llevaban a la armada, aunque por su mucha vejez, les pareció ser inútil para lo que pretendían, que era llevarlo para que les diera noticia de la tierra; fueron de parecer de dejarlo y cuando lo soltaron llegó la india que había huido, en busca suya, diciendo que más quería morir en su compañía que vivir sola; lo cual también causó grande admiración a los nuestros. Dejaronlos juntos y volviéronse a los bateles y los dos viejos se fueron a su pueblo, agradecidos de el beneficio de haberlos dejado.

Procuraron los soldados embarcarse, pero fue de suerte que jamás se vieron en tanto aprieto como aquel día, así por la gran fuerza del mar y viento que la arrojaba a la costa, como por venir creciente; zozobró el batel del almiranta, a cuya gente valió el saber nadar y algunos se subieron sobre la quilla de la barca, mas importóles poco; porque como el mar la arrojaba con furioso movimiento, les era forzoso, mal de su grado, volver

otra vez al agua. Fue Dios servido de que se volviese la barca, aunque hasta la mitad de agua, que con presteza la agotaron y volviendo a embarcarse fuéronse a los navíos y se dejaron en tierra muchas esteras de palmas, muy bien tejidas, cocos y otras cosas de regalo, que de las casas habían traído; porque aun las armas no podían embarcar y así todas llegaron mojadas y los dueños hasta las cabezas, porque al embarcarse les daba a los pechos; y dentro en las barcas los golpes de mar que en ellas entraban, mojó lo que les quedaba enjuto. Arribando a los navíos, cansados y afligidos y muchos en los pies lastimados de las puntas de unos erizos que en la playa había entre el agua y las peñas, que muchos días tuvieron que curarse de ellos, fueron recibidos de uno de los navíos, con sobrado placer y alegría; y más viendo que no había muerto ninguno en la refriega de tierra, ni peligrado en el mar.

Visto que en aquel lugar no había agua, ni puerto, determinaron dejar la isia, a quien pusieron por nombre Gente Hermosa; córrese norte sur y tiene seis leguas en redondo. Dejada esta isla fueron navegando su derrota en demanda de Santa Cruz (isla que en otro viaje que había hecho el capitán, descubrió muy regalada y fértil, y donde halló muy buen acogimiento, aunque por algunas desórdenes de los españoles, hubo algunas muertes de ambas partes) que por estar en su altura gobernaron al oeste en su busca. Y a los veinte y dos de marzo, Jueves Santo en la noche, hubo un eclipse grande de la luna, obscureciéndose toda por espacio de tres horas, hasta que poco a poco fue mostrando su luz. Hubo aquella noche en las naos procesiones, disciplinas y altares, haciendo en la capitana una breve y provechosa plática el padre comisario fray Martín de Munilla; pasó la noche en devota oración. Hasta siete de abril, corriendo siempre con el mismo viento todos estos días, dejando tierra por entrambas bandas, según las señales de pájaros y piedras pómez que descubrían, y al fin este día, a las tres de la tarde, de la capitana se descubrió una tierra al oesnorueste, alta y negra, a manera de volcán. Fueron en su demanda hasta que cerró la noche que, por temor de bajíos, se echaron de mar en través, hasta la madrugada que fueron en su demanda; y en medio del camino, como dos leguas de tierra, dieron en un placel, donde hallaron de doce brazas hasta quince de fondo. Estuvieron dos horas en pasarlo, perdiendo luego el fondo; llegaron cerca de tierras, pero por ser tarde les obligó a reparar hasta otro día nueve de abril, que se adelantó la zabra y el capitán Luis Vázquez de Torres con los bateles en que iban cincuenta hombres prologándola la vuelta del sudueste, por medio de otras islas pequeñas que hacían canal, que de lejos parecían ser una, descubriendo muchas casas por entre bosques y algunas en las playas.

En tanto la armada, hallando un puerto apacible arrimado a las islas pequeñas que estaban desviadas de la grande hacia el este, dio fondo en veinte y cinco brazas. Fueron las barcas a la tierra que estaba más cerca de donde se trajo alguna agua, plátanos, cocos y otras raíces, palmitos y cañas dulces con que volvieron al armada dando noticia de lo visto y muestras de lo hallado, con que se pasó el día hasta salir el sol de otro,

que fueron las barcas y zabra para abrigo de ellas, con cincuenta o sesenta hombres, con intento de procurar la paz deseada; mas no largo trecho, apartados de las naves, descubrieron un pequeño islote, situado de la banda adentro de los arrecifes, un estado bien alto de el agua, hecho a mano de vivas peñas en que habría como sesenta casas cubiertas de palma y esteras, todas por de dentro; serviales de fuerte, porque según entendieron, allí se recogían cuando acaso indios enemigos venían a darles guerra, de las tierras convecinas; no dejando ellos de salir a hacer lo mismo en fuertes y grandes embarcaciones en que pueden, con gran seguridad, engolfarse. Llegando a la reventazón de el mar pasaron la fuerza de ella, entrando adentro donde apenas había de fondo un estado; y navegando hacia el fuerte, por ver gente en él, vieron atravesar pequeñas góndolas a las otras playas de la isla que estaba enfrente un pequeño trecho; y temiendo no intentasen ofenderlos se apercibieron de los arcabuces, por si acaso fuesen necesarios; mas los indios, que no menos deseaban la paz que nosotros, con gran regocijo, unos en piraguas y otros por el agua que les daba a el pecho, salieron a recibirnos, acompañando a su valiente capitán que traía por bordón el arco, saludándolos; y luego los guió hacia el fuerte; pero los nuestros, viendo que muchos indios robustos se llegaban abordo, temiendo no zozobrasen alguna barca, los hicieron señas que se fuesen; lo cual hicieron luego, volviéndose unos a el fuerte y otros a la isla, dejando el mar desocupado; por lo cual fueron bien apercebidos de las armas hasta llegar a la ribera de el pueblo, donde una barca de la capitana llegó primero, saltando en tierra los que en ella iban; donde esperaron a que llegase la gente de la almiranta, que no tardó mucho en llegar, haciendo lo mismo y juntándose todos, que serían cincuenta, porque los demás se habían quedado en la zabra y bateles, para guarda de ellos. Formando un escuadrón, comenzaron a entrar por el pueblo, caladas las cuerdas de los arcabuces, mirando con cuidado a todas partes, con temor de alguna emboscada; mas en todo él no hallaron persona alguna, porque los indios, que en él se habían entrado, apenas nos vieron saltar en tierra cuando por la otra parte se echaron a el agua, sin ser de nosotros vistos. Volvieron luego a la playa y señalando con un lienzo a la ribera de enfrente, porque viniesen de paz; y los indios estuvieron esperando, contentos de verlos echar a el agua los unos y los otros, en sus embarcaciones, viniéndose a los nuestros; mostrábase delante su caudillo con muestras de amor y alegría; traía en la mano derecha un cogollo verde de palma, que dio a Luis Váez después de haberle abrazado, haciendo lo mismo a muchos de los que estaban delante, alegres todos de ver cuán fácilmente se había comprado la paz; y en parte donde tenían la leña y agua, tan deseada, para seguir nuestra derrota. Llegaron en esto dos indios ancianos, dejando sus armas en la ribera, y mano a mano se vinieron a los nuestros, saludándolos con mucha humildad; entendieron por las señas ser padre o tío de Taliquen (que era el capitán).

Estaban los indios unos, en una pequeñuela plaza que está a la entrada de el fuerte, y otros, por las peñas subidos, admirándose de ver nuestras armas y trajes; no estando menos admirada nuestra gente de ver su agilidad

y fortaleza de miembros; y viendo el seguro que había y que el capitán, habiendo enviado sus indios a la otra parte, se quedaba con su hijo pequeño y con otros dos indios para la guarda del fuerte, procuramos descansar algún rato de el cansancio pasado, haciendo dos cuerpos de guardia, para más seguridad; uno en la marina, y otro en una plaza que estaba en la mitad de el fuerte, donde, puesta la guardia conveniente, se desarmaron sentándose y acostándose por aquella florésta recreándose con algunas frutas que les trajeron. Los indios vinieron con sus embarcaciones para llevar a las naves la leña y agua que habían menester. Hicieron en una casa de el fuerte un altar, donde se dijo misa, y toda la gente de la armada comulgó por ser entonces la Pascua florida; al cabo de los siete días que en el fuerte estuvieron, no habiendo más que hacer en la isla, determinaron de dar vela; pero juzgando que para su derrota y viaje era necesario llevar algunos indios que sirviesen de guía y lengua, aprisionaron cuatro, embarcándolos en los bateles; que sabido por el capitán suyo, con gran pesar y sentimiento llegó a la playa, pidiendo que lo embarcasen en la una barca y los indios en la otra. Dejaron el fuerte y en breve espacio llegaron a la capitana con el batel en que iba el capitán indio, yendo con él un hijo suyo, que en su seguimiento había salido de el fuerte, en una gondolilla; y después de haber hablado a la gente y despedido de el capitán, visto que negaba su gente, se hubo de volver, forzado, con su hijo a tierra; en esto llegaba el otro batel con los cuatro indios, que apenas vieron a su señor cuando con lastimosas voces comenzaron a llamarle; él entonces, queriendo arriesgar la vida por librarlos, dio vuelta en su embarcación hacia ellos; pero viendo de la capitana el estorbo que podía causarse, disparó sin bala, una pieza, con cuyo ruido el indio, temeroso, dando de mano a los suyos, como desconfiado de poder darles libertad, dio vuelta a la isla y los castellanos, largando el trinquete, haciéndose a la mar, aunque con trabajo por no ser favorable el viento, apartáronse de tierra aquella noche, como cuatro leguas; y el día siguiente, como a el amanecer, de los cuatro indios se echó el uno al agua, obligando a poner recato en el que quedó en la capitana (porque los otros llevaba la almiranta). Así navegaron hasta veinte y uno de abril, que a media tarde vieron tierra, la vuelta de el sueste; fueron en su demanda, mas por ser tarde se echaron de mar en través hasta otro día que, prolongándola por la banda de el norte, vieron una playa larga y en ella alguna gente, y en lo verde de el bosque que hacía enfrente, muchas palmas y sementeras; mas, por parecer no tener puerto abrigado de vientos, cazaron a popa la vuelta de el sur; estaba en altura de doce grados largos y hechos a la mar, como una legua y pareciéndole a el indio nuestro buena ocasión, se echó a el agua, imagínase llegaría presto a tierra, por estar a barlovento de ella; sentímoslo, como era justo, procurando avisar a la almiranta tuviese cuenta con los suyos; pero no fue tanta, que el uno de ellos no hiciese lo mismo; se entiende que el último de los cuatro dejó de hacer lo mismo, por ser cautivo de los otros y parecerle que era mejor el trato nuestro que el de los indios que le tenían preso en la isla de Taumago.